

LUGARIZ

Cuerno y no corneta

Conversaba con sumo placer, cierto día, con un señor anciano, donostiarra de pura sangre y amante de todo lo relacionado con el país euskaro.

Este señor, en sus mocedades, perteneció al popular cuerpo de *chapelgorris*.

Relatábame cómo en uno de los ataques que sostuvieron durante la primera guerra carlista en los alrededores de San Sebastián, el enemigo, según pudieron averiguar, carecían de cornetas, y en vez de éste instrumento, hacían uso de un cuerno, con *cuyo son* daban sus órdenes, avisos y señales.

Como si se tratara, ni más ni menos, de una cacería.

* * *

Sagastibeltza era un carlista de los más valientes y jefe de las fuerzas sitiadoras de San Sebastián.

La toma de nuestra ciudad preocupaba á este jefe carlista; pero, á pesar de todo, Sagastibeltza creía ver mejor las cosas de cerca y esperaba hacerse dueño de la plaza, contra la que preparaba unos proyectiles,

cuyos efectos destructores ponía en las nubes un francés, su inventor.

A estos explosivos se les conocía con el nombre de *tutorras*.

Llegó esta noticia á San Sebastián, que llevaba ya varios días de sitio y aguantando con gran valor sinnúmero de granadas que el enemigo lanzaba especialmente desde Lugariz.

El general Córdoba envió sin pérdida de tiempo una orden en donde mandaba estuvieran sobre las armas todo el cuerpo de chapelgorris, tropa y la legión inglesa al mando de Lacy Evans.

El temor de Sagastibeltza se vió cumplido.

A la madrugada del 5 de Mayo de 1836 salía Evans de San Sebastián al frente de numerosa fuerza.

La proximidad de la línea carlista hizo que el ataque empezase al instante, cayendo impetuosamente los sitiados sobre alguno de los puntos de la línea.

El fuego tuvo preliminar horrible; los carlistas, bien parapetados, hacían con suma facilidad fuego certero.

En el caserío Santa Teresa, los carlistas reciben con valor la acometida de unas compañías de chapelgorris, siendo rechazados por otra de chapelzuris, pero los primeros vuelven á repetir la carga, logrando, cuerpo á cuerpo, franquear el paso á la legión inglesa; entonces ¡qué horror! frases en bascuence, en inglés y castellano, mezclarse con el cruzar y batir de las bayonetas, ayes, gritos, sangre por todas partes..... en esto Sagastibeltza, á caballo y á todo galope, pretende atravesar la carretera entre Isturin y Santa Teresa, pero descargas dirigidas desde Aizerrota y Pintore hacen blanco en él, dejándole muerto en el acto.

—Eldu mutillak, korri onera, eldu oñetatik eta aurrera biziyo.

(Agarrar, muchachos, aquí á todo correr, cojedlo de las piernas y adelante.)

Estos son los gritos que los carlistas lanzan entonces.

Sagastibeltza, muerto, lo llevaron arrastrando hasta el cerro de Oriamendi, con el propósito de que el cadáver no cayera en poder de las tropas liberales.

A pesar de pérdida tan importante, los carlistas no desmayan, y Arana reemplaza al muerto con un refuerzo de 13.000 cartuchos.

En tanto, los buques de guerra surtos en la Concha, destruyen la casa Lugariz y los parapetos vienen á tierra, cuando una detonación enorme viene á sembrar de terror el bando carlista: una bomba disparada de uno de los barcos (del «Fenix») explota en el sitio donde se

hallan en grupo catorce granaderos del batallón de chapelzuris, dejándolos á todos ellos sin vida.

—¡Mutillak, aldan bezela korri Hernani aldera....!—exclama un jefe carlista á voz en grito.

(Ea, muchachos, como se pueda, á todo correr, hacia Hernani.)

Y así, cubriendo de muertos el suelo y en deshecha retirada, quedó derrotado en toda la línea, y con ellos también la idea de la tomá de San Sebastián; chapelgorris é ingleses avanzaron hasta Oriamendi.

Las pérdidas por ambas partes fueron más de 200 muertos, y el número de heridos llegó al de 500.

Sangre y cadáveres por doquier, escombros humeantes, ruinas y estragos era lo que muchos y muchos días después se veía en aquel mes de Mayo de 1836, en los mismos terrenos donde hoy se levantan tan elegantes palacios, en Lugariz, Ayete y Puyo.

* * *

Nada invento en lo que á continuación describo:

Un día, paseando por los alrededores de Puyo, entablé conversación con un *aitona* (abuelo), y hablando, hablando, recayó nuestra charla en cosas de la guerra.

—¿Usted habrá sido carlista?—le dije sin más miramientos.

—Gaztetan bai (cuando joven sí)—me contestó.

—Natural es que siendo carlista de aquellos tiempos tomara usted parte en la guerra.

—Ezango dizut bada— me dijo.—Ni arkitu nintzan Lugarizko suban, eta guk, karlistak orduban, gerran, ez genuben kornetikan eta neronek adar batekin jotzen nituen siñale guztiak.

Que traducido viene á decir lo siguiente:

—Pues le diré á usted; en la primera guerra carlista me hallé en el fuego de Lugariz, y nosotros, los carlistas, como carecíamos de cornetas, yo era, en aquellas pasadas mocedades, el que comunicaba las señales de mando al *son de un cuerno*.

F. LÓPEZ-ALÉN.



AMBIENTE EUSKALDUN

MURMURIOS Y NEBLINAS

Dulce rumor percíbese sereno,
 Tan grato y tan simpático al oído,
 Como el manso susurro de la brisa,
 Aliento arrullador de encantos lleno,
 Que despierta al espíritu dormido

Aletargado y triste,
 Cual despierta la bella Primavera
 A las selvas y al ave plañidera,
 Cuando sus galas primorosas viste.....
 Dulce rumor gratisimo, inefable.....
 Más suave y tierno que la dulce trova

Con que el enamorado
 Canta á su objeto amado
 Con la voz del amor inexplicable.....
 Rumor de la montaña misterioso
 Mi pecho internamente
 Más te ama, más te admira,
 Tú eres eco de acento melodioso,
 Eco que sólo placidez inspira.....
 El eco de un lenguaje indefinido.....
 Un rayo luminoso

Que disipe las sombras de la duda,
Para brillar potente entre colores
Cubierto como el sol de resplandores.....

.....
Ya vienes tú la pálida neblina

Muy suave y delicada,
Extendiendo tu gasa peregrina,
Tu gasa blanca, tenue y recatada,
Que envuelve nuestro cuerpo suavemente
Como el cendal precioso y transparente
Que cubriendo la frente de una hermosa
Guarda en su malla fresca..... vaporosa.....
Lo que el sol ardoroso del estío,
Dejó en su rostro en forma de rocío.....

¡Oh misteriosa niebla.....!

Tú vienes y tranquila vas cayendo,
Cayendo en suave calma,
Cual caen gravemente en nuestra vida
Las penas melancólicas del alma.....

¡Oh dulce niebla, efluvio misterioso,
Tejido vagaroso

Que vela el resplandor de los luceros
Como velan las lágrimas el brillo
De unos ojos azules, hechiceros.....
Tú cubres suavemente, sin violencias,

Con tu caer sencillo,
De los montes las altas eminencias,
Como cubre también en las edades,
A través de los campos de la historia,
El olvido, el olvido imperdonable.....
Los vivos resplandores de la gloria.....!

Y tú eres blanca, blanca y peregrina,
Como son las primeras ilusiones,

¡Oh, pálida neblina,
Y eres débil, fugaz y soñadora.....!
Tu malla breve, vaporosa y fina,
Recubre de poesía nuestro ambiente
Cual llenan el espacio de canciones

De las aves la turba seductora.....
 Y ¡oh neblina! tu cándida belleza
 Reposada, tranquila, arrobadora,
 Rasga el viento con fervida fiereza.....
 Como se rasga siempre la inocencia
 Al paso huracanal de la violencia,
 Como débil, preciosa y delicada;
 De blancura divina,
 Se deshace la nieve peregrina
 Al peso desigual de una pisada.....!

.....

Almos rumores. Pálidas neblinas,
 Murmullos de lenguaje indefinido.....
 Yo os adoro, os escucho embebido.
 ¡Oh! grandiosas montañas vascongadas.....
 De vuestras cimas llenas de hermosura
 Tiendo mi vista por los anchos mares,
 Tiendo mi vista á la celeste altura
 Y á las altas montañas seculares.....
 Y perdido mi espíritu en su vuelo
 En ese inmenso cielo
 Que esconde lo inmutable.....

Vuelve á la tierra, á la montaña umbría,
 Y absorto y abismado
 Ante todo un misterio inexplicable.....

Mi débil voz ansía
 De las aves la dulce melodía,
 Para elevar ferviente á la Natura
 Que en los montes parece que murmura.....
 Un himno grande..... inmenso..... insuperable.....!

MANUEL MUÑOA.



RECUERDOS

El favor del diablo

I

Una de las últimas mañanas del mes de Mayo, mi despertar fué delicioso.

Se me invitaba, para dentro de breves horas, á una gira en las montañas de Arlabán.

No hay para qué decir que acepté, cuando esto contentaba mis aficiones predilectas.

Salimos de Vitoria.

Tomamos la antigua carretera de Francia, y digo antigua, porque mucho más moderna es la vía férrea del Norte, que ha hecho bueno, en parte, uno de nuestros vetustos proverbios: *al cabo de los años mil, las aguas van por donde solían ir.*

Betoño, para mí con encantos, porque alimenta mis sueños con la memoria de la perdida tradición de un perdido castillo ruinoso, con sus brujas y sus duendes; Durana y su puente, despertando los recuerdos históricos del conde de Salvatierra, que murió, al fin, en prisión miserable, y los de su capitán Baraona, degollado en Vitoria pocas horas después de su derrota; y Mendivil, y Arróyave, y Gamboa, que la tradición señala con prerrogativas tan grandes, que la razón se resiste á recibirlas; donde se cuenta que tuvieron lugar en su origen los bandos

de *gamboinos* y *oñazinos*, que conturbaron al país por largas generaciones, y que legaron hasta nuestros días su memoria en las montañas cántabras; todos estos términos recorrimos en breve, y un desgarrador recuerdo encontramos después en las ruinas que sirvieron de quemadero á nuestros hermanos, y paramos al cabo en las vertientes alavesas de Arlabán.

II

Pronto me perdí solitario en los senos de la tierra, y pronto, también, supieron encontrarme siguiendo mis pasos.

Eran mis dos buenas amigas.

Un accidente casual interrumpió nuestra plática y nos llenó de espanto.

La mina de una cantera reventaba con estrépito, y un niño, un pastorcillo, buscando el peligro, estuvo á punto de perecer en la explosión, y acababa de salvarse del modo más milagroso.

No pude menos de exclamar:

—¡Dios le ha libertado de riesgo tan inminente! Cada niño encuentra á su lado á un angel que le ampara.

—No; quien vela por los niños es el demonio—replicó una de mis dos amigas.

La otra miraba á su compañera con asombro, al escuchar tal blasfemia.

—No hay para qué asustarse; el diablo proteje á los niños, porque sabe bien que les salva su inocencia, y que si mueren alcanzan la gloria. En interés del diablo está que los niños lleguen á disponer de su razón y de su albeldrío para empujarles por el camino del pecado, atizando el fuego de las malas pasiones.

A la sazón que, con tales argumentos, dejaba en suspenso nuestro juicio, una pobre y miserable anciana, revolviendo un sendero tortuoso, se presentó á nuestra vista, con una carga de helechos sobre sus hombros.

Y fijando su mirada en la que acababa de emitir juicio tan singular, dijo con aplomo:

—Tú tienes razón.

Los tres quedamos sorprendidos con lo repentino de la aparición.

La anciana soltó de sus hombros la carga y la dejó en el suelo.

Después dió dos pasos hacia el borde de la roca, y suspendida sobre el abismo, sentóse tranquila.

Y, dirigiéndose á nosotros con su palabra y con sus ademanes, nos dijo:

—Mirad, allí está..... sí, allí.....

Y señalaba el fondo de la vertiente que servía de fundamento á la roca.

Yo me acerqué más y más á la infeliz anciana.

Pronto comprendí su desdicha.

—Oye—me dijo, cogiendo mis manos entre las suyas descarnadas y rugosas—esa tiene razón.

Y señalaba á una de mis compañeras de gira.

—El diablo proteje á los niños..... Yo tuve uno..... Cállalo y no se lo digas á nadie..... Tuve un hijo..... y le amaba. ¡Qué madre no ama siempre á su hijo.....! Yo le amaba, y cuando era muy tierno, le amamantaba en mis pechos y le calentaba en mi regazo. Yo trabajaba mucho, porque necesitaba ganar el sustento. Pero era todo por él y para él. ¡Qué importaban mis sufrimientos! Crié al hijo de mis entrañas, y cien veces, de niño, quisieron robármelo mis pecados, y siempre creí yo que los ángeles me lo guardaban..... Pero un día, llegó á ser hombre..... Yo contaba con que el hijo de mis amores sería el amparo de su madre en los últimos días de su vida, y la pobre madre se engañaba.....

La infeliz lloraba.

Después de breves momentos, continuó:

—Yo le amaba, y el hijo de mis amores parecía que amaba también á su madre. Pero vió el diablo, atizó el fuego de sus pasiones y consiguió que el hijo de mi corazón olvidara el amor de su madre por el amor del pecado. Se cumplía el juicio de Dios.... También yo había amado en el pecado, porque olvidando á mi madre no atendí sus consejos y seguí el camino de las malas pasiones..... El hijo me abandonó para seguir el camino de sus vicios. Yo nunca le perdía de vista..... Seguía, seguía sus pasos, y cuantó más se apartaba de mí, yo más y más me acercaba á él.

La pobre anciana se interrumpió de nuevo con los sollozos.

Y siguió después:

—Hasta que llegó un día en que nos encontramos aquí los dos.....

á esta hora y en este mismo peñasco. Yo bajaba del monte, mi hijo desgraciado esperaba, pero no era á su madre, como solía en otro tiempo..... esperaba al pecado, como esperé yo también en otro tiempo. Yo me acerqué á él, primero con súplicas y con lágrimas: no me escuchaba. Después, con imperio: no me oía tampoco. Luego, la desesperación turbó mis sentidos por un sólo momento, y me lancé hacia el hijo de mi alma, ciega de ira..... El hijo rodó por el precipicio, y no supe más de él..... ¿No es verdad que yo le maldije.....? ¿No es verdad que no se ha condenado?

Y luego, fijando su candente mirada en mi amiga de una manera feroz, y levantando sus brazos, y crispando sus descarnados dedos, exclamó:

—No, no, tú no tienes razón, tú mientes. Como á todos, los ángeles de Dios protejen á los niños, y cuando llegan á ser hombres y se abandonan al pecado, Dios tiene misericordia y los redime.

III

La anciana, lanzando una carcajada histérica, había desaparecido.

Poco tiempo después, al caer la tarde del día 13 de Agosto, vagando por las montañas de Aránzazu, sólo con mis memorias, en aquellos senos agrestes, encontréme con una anciana, con una pobre loca, que, al borde de aquellos abismos, me habló de sus dolores y de sus penas, y luego se perdió entre los breñales, lanzando una carcajada, que repitieron los ecos de una manera fantástica.

SOTERO MANTELI.



De los trajes y modas de Guipúzcoa

*(Curiosísimo trabajo escrito por el Padre
Manuel de Larramendi, á mediados del siglo XVIII)*

Los trajes, esto es, los modos de vestirse que hay al presente en las caserías como en los pueblos, así en días de labor como de fiesta, así en hombres como en mujeres, son como se sigue: Todos los guipuzcoanos, ellos y ellas, son muy inclinados á ir bien vestidos y no aparecer en las calles, plazas é iglesias, ni entre gentes, sino muy limpios y decentes.

Nunca se ve en Guipúzcoa tanto capipardo, braguiroto, cazcarriente, arlotte, desgreñado, mugriente, desparrajado, asqueroso y sucio como se encuentra en los pueblos de Castilla y otros reinos.

En el monte y en sus caserías retiradas del pueblo, donde se ven solos y miran ellos mismos, andan con menos escrupulo y más libertad, vestidos de cualquier modo oportuno para el trabajo y labores del campo y del monte.

Pero bajando al pueblo á funciones de iglesia, á fiestas ú otras precisiones y ocurrencias, se visten con tal aire y decencia, que puede dudarse si son aquéllos del monte y de las caserías.

Y los forasteros que examinasen á las gentes de Guipúzcoa sólo en días de fiesta dirían que todos eran acomodados, así hombres como hembras, y que no había labradores, ni oficiales, ni pobres, se entiende,

si no les miraban á las manos, en que seguramente hallarían el desengaño de sus primeras aprensiones.

Hombres y mujeres en las caserías conservan el calzado antiquísimo que notó Séneca en Córcega, como propio de los cántabros, que son las abarcas, y es el calzado mejor para montes y cuestas, especialmente en los tiempos de lluvias y nieves.

También se conserva en los pueblos entre labradores, que hay y tienen vecinas las tierras, que labran entre peones y otras gentes de trabajo; pero no en los demás vecinos y moradores, que todos se visten medias y zapatos.

Conservan también los *capisayos* y *charteses* con capillas, mangas anchas y cortas, de que usan en el monte en tiempos lluviosos y cuando cogen argoma y cortan espinas y zarzas y otros trabajos.

Pero estos capisayos se han desterrado aún de la gente común de los pueblos, y nunca se han estilado entre mujeres.

Estas en las caserías usan también de abarcas, y en las cabezas de unos tocados de lienzo, más ó menos fino, con que se cubren, y son de más ó menos aire, y en su acomodo y positura hay muchas diferencias; y tiene este tocado varios nombres, según los países: curbicheta, buruco estalquia, oyala, zapia

Cuando bajan de sus caserías los días de fiesta para oír misa y otras funciones de iglesia tienen en los lugares sus *janciecheas*, en particular las mujeres, y así se llaman las casas en que se visten y se mudan, y son las de sus amos ó amigos: y vestidos allí con limpieza y decencia, se presentan en la calle delante de la gente, y van de manto ó mantellina á la iglesia.

En Beterri apenas se verá hombre ni mujer de casería que ande con abarcas en día de fiesta, ni en la iglesia, ni en las calles; en Goyerri aún se ve mucho de eso; y me pareció que desdecían de lo demás del vestido cuando lo observé la primera vez, aunque ya acostumbrados los ojos no me disuena la junta de abarcas y mantos.

Los más de los caseros propietarios é inquilinos de cuenta tienen sus casacas y calzón de paño de Segovia, con que bajan á la calle y á la iglesia (ó de otros paños no burdos, y usan mucho de felpa tripe para calzones), y corresponde la chupa, y almilla, media, zapato y sombrero, y así ocupan el sitio y los asientos destinados para los hombres, que están separados del lugar de las mujeres.

Los caseros é inquilinos que no son de tanta cuenta muchos gastan

también paño de Segovia; pero los más se visten de otros paños, pero ninguno burdo ni basto, en particular los mozos casaderos, y usan mucho de felpa triple para calzones.

Unos y otros bajan con cara y manos lavadas y limpias; ninguno con camisa sucia, en que ponen gran cuidado; ninguno huele á mugre, á chotuno, á sobaquina; los más con pañuelos blancos, ó de color, para sonarse con decencia y no valerse del reverso de las capas ó ongarinas, como lo hacen en campos y otras partes de Castilla los labradores.

Los caseros propietarios y de cuenta vienen con espadines, aunque no son muchos, ó con espadas largas, que aunque han querido desterrarse al mismo tiempo que las golillas, han quedado muchísimas en Guipúzcoa, á lo menos para los alardes y para la danza de espadas, que está en su vigor.

Los otros caseros y los mozos vienen de montera y de palos altos y fuertes, que les sirven para bajar cuestas y montes, y después de arma y defensa en las ocasiones; y para riñas y pendencias quieren más su palo que cualquiera espada.

Si los caseros bajan con tanta decencia y limpieza, dicho se está que las mujeres é hijas vendrán con más aire y primor.

Todas las guipuzcoanas son de una inclinación predominante á la ropa blanca, y en tenerla mucha y buena tienen su mayor gusto y cuidado.

Bajan de sus caserías con su adjuar en la cabeza, limpia cara y manos como una plata.

La camisa, ó es de una pieza, como la del hombre, ó de dos, que se compone de enaguas blancas, que llaman *atorra*, y de mangas y cuello, y dos faldas abiertas hasta la cintura, y llaman *charamela* y *atorramanca*.

Pónense medias, zapatos y hebillas.

Sobre el zagalejo se visten las sayas, ó lo que ahora llaman *guardapies*, y donde pusieron ese nombre apenas debía llamarse *guardapiernas*; tan al aire las traen y tan descubiertas las grandísimas de poca vergüenza.

Nuestras caseras se ponen sobre otras, por lo común, una saya de lila encarnada con galón blanco, y en fin la basquiña ó saya superior negra de carro de oro.

Antes de esto cubren su cabeza con el tocado blanco como la nieve, y gastan hasta prolijidad en acomodarlo, ya de un modo, ya de otro,

y siempre con mucho aire. No hay casera casada que ande con la cabeza descubierta, aunque si las casanderas.

Arman las orejas con pendientes, aunque sean de perlas falsas; el cuello con una cruz pulida, pendiente de cinta negra; el medio cuerpo, espalda y pecho con un jubón ajustado de raso, que se ata con agujeta de seda; luego casaca de damasco; los brazos con manguillas ó mangas cortas de persiana.

Vuelven otra vez al cuello á cubrirlo con una corbata limpísima de gasa y encajes, que con alfileres aquí y alfileres allí la prenden con notable gusto y proporción y quedan modestísimamente cubiertas.

En el punto de salir ya á la calle y á la iglesia ponen su mantellina negra orlada de cinta negra ó manto de tafetán negro, menos cuando están de duelo y de honras, de que luego hablaremos.

Toman su rosario en la mano, y es muy común que esté engarzado en plata, y así andan en la calle y están en la iglesia.

Pero ¿cómo se hace este milagro en poobres labradoras y caseras?

Quitándoselo de la boca y ahorrando cuanto pueden en el comer y beber.

Yo sé que en otras partes hombres y mujeres de labranza y oficiales están más entregados á su vientre y á comer y beber y andan arlotes y mal vestidos; pero en Guipúzcoa son dados á vestirse y engalanarse, y estiman más que uno les diga: *Ederqui apainudua Zaude*, que no el que les diga: *Oparo barazcaldu dez*.

Viniendo un ministro de Francia á la Corte de España, acertó á pasar por Guipúzcoa en día de fiesta, y viendo tanta multitud de gente y toda bien vestida, dijo que sería un país muy rico y en que había mucho dinoro, y que el rey debería cargarla de tributos.

Después supo qué provincia era Guipúzcoa y corrigió su pensamiento.

No se le ofreciera tal si pasara por el país entre semana y en dia de labor, en que viera, así en las caserías como en los pueblos, no siendo monjas, más descalzas que en las recoletas, y es tacha que se les pone en particular á las mozas vulgares del monte y del pueblo, que tienen por tormento el andar con zapatos.

No se le ofreciera tal si los mismos que vió el día de fiesta se le presentasen en otros días, en que los viera fatigados, sudando y trabajando como esclavos para ganar su sustento, y acaso llegaría á dudar si eran los mismos.

No se le ofreciera tal si deteniéndose un poco, viera que era éste un país sólo fecundo de hombres y hierro, y que todo lo necesario le había de venir de fuera á precios excesivos.

No es, pues, señal de riqueza y mucho dinero el que la gente de Guipúzcoa, aun la menuda y vulgar, salga tan bien vestida en las fiestas y funciones; solamente es señal de ser la gente áseada, limpia y amiga de bien parecer, y que tienen habilidad de lucirlo con su pobreza.

Yo me acuerdo cuando las caseras se vestían sólidamente y con decencia, sí, pero sin tantos melindres y piezas supérfluas, de que se visten hoy.

Estas modas son nuevas, y las han aprendido de la gente de calle, á quien han dado y dan ejemplo los caballeros y señoras.

Ellos son monos unos de otros, y todos lo son de franceses y castellanos.

De pies á cabeza se han de vestir á la moda de Francia ó la de Castilla.

Camisas, camisolas, corbatines, pelucas, peluquines de tantos modos y figuras, sombreros de esta manera y de la otra, y á la prusiana, ó chamberí, con sus tres mocos de candil de garabato; chupas, casacas y emballenadas, rendingotes, surtues, roclas, nombres que sustituyen al español *sobretodo*, y ahora el embeleco de los capingotes; todo con el pretexto de defenderse del frío.

Marisijas, que así degeneran de sus antepasados y los desacreditan.

Guantes, manguitos, ya estrechos y libres, ya atados y anchos; que así vinieron los guardias franceses á las entregas de la señora delfina al Bidasoa, con risa y burla de todos los españoles.

¡Bravos soldados! y no obstante esto han aprendido nuestros jaunchos, como otros españoles, que aprenden todas las nulidades de Francia y no hacen caso de tanto bueno que pudieran aprender y comunicarlo á España.

¿Qué diferencia de medias se han introducido? Pues todas tienen lugar en los *andiquis* de Guipúzcoa, como también los lienzos y pañuelos de color en todas sus diferencias.

Vestidos de verano y dobles, vestidos de invierno y duplicados, y si dan en Francia en vestidos de primavera y vestidos de otoño, cada estación en Guipúzcoa tendrá nuevos vestidos y nuevas modas.

Pues ¿qué diré de las batas ó ropa de mañana, ya en invierno de una tela, ya en verano de otra? ¿Qué de los gorros y sus diferencias?

Esta materia suele ponerme de mal humor, y no quiero proseguirla.

Es preciso, sin embargo, hacer memoria de las señoras damas y *andiquesas* de Guipúzcoa, arruinadoras de sus casas y haciendas.

Mírense las modas de Castilla, vengan después á Guipúzcoa y aquí se hallarán todas.

Si allí las telas, sedas, persianas, tapices, bordados, telas de plata, de oro, floreadas, sin flores, también en Guipúzcoa toda esa perdición, de que se visten nuestras *andiquesas*.

Aquí los rodetes y agujas, pero ya se destierran, que antes de tiempo hacen calvas y viejas.

Aquí los peinados de papillota, borrego y qué sé yo otros nombres, y peluquitas como de hombres, sufriendo que un peluquero, tal vez asqueroso, con sus manos y hierros calientes las ensortije á trocitos el cabello y se lo empapele, que si por papelillos se valiesen de plumas, parecieran emplumadas, aguantando toda la noche este tormento de cabeza, con miedo de moverla porque no se deshagan sus sortijones, gastando después por la mañana horas enteras en despapelarlos, esponjarlos, redondearlos, á diligencias y raras muecas y movimientos del peluquero, que ya con la una mano á la derecha, ya con la otra á la siniestra, ya de frente con ambas, pone los rollitos huecos en proporción y simetría, y los examina á todo su placer.

Y ¿con qué fin toda esta faena y ocupación? ¿Es con el fin de agradar á Dios y á los ángeles y santos? ¿Es con el fin de parecer buenas cristianas?

Que se respondan ellas mismas, y más querrán esto que el que yo recurra por la respuesta á los misioneros ó que se la dé yo haciéndome uno de ellos.

Si en Castilla aderezos preciosos, joyas, brazaletes de tumbaga, anillos de diamantes, en oro, hélos aquí en Guipúzcoa.

Si en Castilla corsés y escotes, tontillos de ballena, de hierro, hélos aquí en Guipúzcoa.

Si en Castilla petos, vuelos magníficos, puntas finas de Flandes, hételas en Guipúzcoa.

Si en Castilla manguitos tantos, abanicos tales, relojes cuantos, tabaqueras cuales, de piedra, de concha, de tumbaga, de oro, de plata, mírelas aquí en Guipúzcoa.

Si en Castilla zapaticos de tela, medias con cuadrós bordados de

oro y plata, hebillas de lo mismo y ricamente empedradas, véanlas aquí en Guipúzcoa.

Si en Castilla los guantes, los mantos, las bandas, las redes, las cofias, las cintas, los lazos, y cumplido el mundo mujeril, mirenlo todo en Guipúzcoa.

Y no me digan que no son muchas estas *andiquesas*. Sobradadas son para el escándalo, para mis quejas é impaciencias, y para ruina de sus casas.

Tampoco me digan que no andan tan descubiertas, descolladas, despechonadas, inmodestas, indecentes.

Esto es así, pero perdida una vez la vergüenza á tantas locuras y modas, no tardará en ser moda la indecencia, la inmodestia y la desvergüenza.

Por este mi escrito se sabrá en lo venidero las modas y trajes de Guipúzcoa en este siglo, y si hubieran precedido otros escritos semejantes, supiéramos hoy las modas y trajes de Guipúzcoa en siglos pasados.

No obstante, para llenarnos de rubor y hacer el cotejo de lo pasado y presente, tenemos dos medios bastante seguros.

El uno es tales cuales pinturas y retratos que se hallan de nuestros abuelos y abuelas, con todo el primor con que entonces se vestían y prendían.

Mirenlos y se avergonzarán de verse tan otros, pero no mejores ni más cuerdos.

El otro medio para el desengaño son los testamentos antiguos y de nuestros mayores, en cuyas memorias, mandas y repartimientos de ajuares se encuentra que por especial cariño y agradecimiento se deja al hijo, á la hija, al amigo, al criado, esta alhaja, este vestido, esta prenda, y nada se vé de las alhajas y los vestidos de las modas de este siglo.

Ni en los bienes muebles que se relatan se hallará uno que frise con las superfluidades inútiles y locuras que hoy se estilan.

Este mal ejemplo de las damas y señoras es el que siguen ya las criadas mayores y menores y las mozas de la calle.

Cincuenta años ha que apenas se vestían las amas y *andiquesas* de Guipúzcoa como se visten hoy las *nescames* los días de fiesta, en particular por la tarde, y más si han de salir á la danza del país.

Qué bien peinadas, corbatas muy blancas y de fino lienzo, y aun

de gasa, pendientes de buena apariencia, crucecita, ó un embelequito redondo de plata con cinta negra del cuello al pecho, casaca muy justa y con agujeta de seda, que hace red, sobre la corbata blanca; sayas hermosas y de precio y de colores sobresalientes, que con sayas cortas colchadas interiores remedian á los tontillos; zapaticos *poobies*; medias, no de las bastas.

Con estas y otras piezas se prenden las que el día siguiente saldrán descalzas á la calle.

Y apenas hay una de éstas que aunque haya servido muchos años, no tenga cobrados todos sus salarios y empleados en vestirse y engalanarse.

Antes que se me olvide: la moda que no hay forma de abandonar son las mantillas negras.

En éstas ya tienen sus diferencias de mayores y de menores, más ó menos largas, ya orladas así, ya de otra manera; ahora de bayeta y luego de otra telilla delicada, pero siempre negra.

No hay distinción de lugares ni tiempos, ni diversidad de circunstancias, no habiendo de ponerse el manto de tafetán.

Llénase de mujeres una iglesia, á la misa mayor, al sermón y salen á la procesión: no se verá una mantilla blanca; todas son negras: y aquél tenebrerio infunde cierto respeto y adormece algo la curiosidad de los ojos.

Hartas tentaciones tienen para dejar las mantillas negras en muchos impertinentes, que alaban como mejores las blancas en tantas militares que las usan, en tantas señoras y damas que en los pasajes de princesas bajan de Castilla con mantillas blancas; en las familias de los corregidores y en sus amas.

Pero nunca ha caído en esa tentación, antes siempre han logrado con su constancia que las corregidoras y sus criadas y las militares en San Sebastián y Fuenterrabía dejen las mantillas blancas y usen de las negras.

Y no he podido barruntar la razón porque siendo tan fáciles en tomar otras modas se mantengan tan firmes en sus mantillas negras.



ARRE POCHO⁽¹⁾

*Arre, arre, asto matechoria,
išo, išo, ortik zek arua,
beti baña okerretik
asto berenua.*

Ni nas emakume bat
arrayn zaltzailia,
marinelas ichasotik
dakarren guztia.
Nai besugu nai lebatz
atun, sardinia,
nai chirla nai mielga
bakar angilia.

*
* *

Gabian benta guztiak
egin ezkuetio,

(1) Esta composición bascóngada, fué entresacada, de la «Colección de canciones» del Coblakari durangues Juan Cruz de la Fuente, más conocido en Bizeaya con el sobrenombre de «El Platero de Durango», el cual se hizo célebre en esta clase de versos.

kargia arturik buruban
daruat echera-giño.
Sorkis bete beterik
burutik gerrira,
gresalak erre estaidan
nuere arpegia.

*
* *

Yñor bada munduban
erruki-orra,
nigan aurkitutenda
munduban aldana.
Ez jan ez lorik egin
beti arrastaka,
gausa onen barririk
nik ezdakidala.

*
* *

Echera sartu bage
arrebada astua,
urruinchu juateko
artujsu gogua.
Or jausi, emen alza
lupatza artian,
edur ta eurija
dodazala aldian.

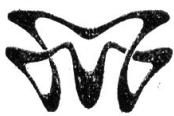
*
* *

Neure bizimoduban
jan biarko batot,
gabaren gaberdian
urten biarkodot.
Aldas gora aldas bera
ilun ilunian,

pausa tristerik asko
dodala aldian.

*
* *

Jagi saite jentia
ya dosu orduba,
sortzi legua eginda
atetan naukausu.
Ordosu lebatz fresco
bart urtenikua,
emen nago otzak illik
bay ondo ikuztekua.



MATEO BENIGNO DE MORAZA

El 17 de Enero se cumplió el XXVII aniversario del que fué defensor de los Fierros.

«¡Quiero morir con los Fierros!» dijo el alavés insigne en ocasión memorable, y apenas si pudo sobrevivir á nuestra gran desgracia, corroborando lo arraigado que tenía en el alma el amor á nuestras viejas Leyes y aquel sentido párrafo que en las Cortes españolas dirigiera á los diputados al exclamation, con doloroso acento: «¡Vosotros, los que veis nuestro infortunio, comprendereis nuestro inmenso, nuestro horrible dolor!»

En los oscuros claustros del templo de las Brígidas congregáronse en la mañana del 17, media docena, no más, de buenos vascongados, para honrar al amigo cariñoso y elevar una plegaria por el alma del mártir de una idea santa, grande, infortunada.

En apartado y solitario rincón de la Necrópolis vitoriana reposan las cenizas de D. Mateo Benigno de Moraza, guardadas por sencilla lápida que una mano piadosa mandó labrar y cuya inscripción está medio oculta por las inclemencias del tiempo, por la maleza del terreno ¡y por la inmisericordia de los hombres!

Y, á la postre, parece como que nuestra conciencia se tranquiliza al parangonar lo poco que hemos hecho por Moraza y lo nada que hacemos por otras grandes figuras de tierra alavesa.

Diganlo los restos de aquel ilustre patrício que se llamó D. Simón de Anda y Salazar, que, para vergüenza de Vitoria, de Alava y de Es-

paña entera, estamos repatriándolos hace muchos lustros y aún descansan en suelo extraño, en la catedral de Manila.

Moraza, hombre de valer, apóstol y mártir de la administración sabia y honrada que constituyó por muchos siglos, la felicidad de estas provincias, es de esperar que en todo el país que sin apartarse de la Patria grande tiene por lema el sacrosanto *Jaungoikoa eta Foruak*, encuentre hoy una frase de recuerdo cariñoso

que cuanto más parece
que el Fuero vasco se halla combatido,
ni el Arbol de Guernica desflorece,
ni el grupo desaparece
de cuatro diestras que el Señor ha unido.



BASERRITARRENTZAT

La alimentación de las gallinas en invierno

La alimentación de las gallinas es de la mayor importancia para la explotación del negocio de su cría.

Con razón se ha dicho que los cuidados de la higiene en el gallinero y las mejores instalaciones, no bastan para asegurar el éxito, si á todo eso no se añade una comida que sea abundante (sin exceso), variada, de rápida digestión y económica.

La cantidad de la ración que se ha de dar á esas aves domésticas, merece ser objeto de especialísima atención por parte de los que se dedican á surtir los mercados, y es el principal escollo con que tropiezan muchos.

Si la ración es muy débil las gallinas enflaquecen y suspenden la postura; si es muy fuerte, provoca el engrasamiento y, por consecuencia, su esterilidad y á veces su muerte, por la degeneración grasosa del hígado.

Lejos de nutrirse exclusivamente de granos, la gallina es omnívora; en el estado de libertad busca, no solamente la hierba, las legumbres, y los frutos, sino también los gusanos, las larvas, los insectos, los saltamontes, los limacos, los caracoles, etc.

Se debe dar, pues, á la gallina cautiva una alimentación que contenga á la vez materias vegetales y animales.

Del reino animal le convienen casi todas.

Citemos entre ellas el alforfón, el trigo, la avena, la cebada, el centeno, el maíz, el cañamón, el arroz, el salvado, la algarroba, los guisantes, la ortiga, la alfalfa, el trébol, las espinacas, los repollos, lechugas, acederas, etc.

La alimentación animal comprende la carne, la sangre, harina de carne, harina de pescado, los huevos, la leche, los gusanos, las hormigas, las ranas, etc.

Una alimentación compuesta exclusivamente de granos es muy excesitante y no da resultados proporcionados al gasto; el uso constante de legumbres y hierbas es insuficiente; en fin, el empleo exclusivo y durante mucho tiempo de materias animales provoca el debilitamiento y las enfermedades.

Es pues un régimen mixto, una comida esencialmente variada y de buena calidad, la que le conviene á la gallina.

En lo posible, la comida se distribuirá á horas fijas, tres veces por día: de madrugada, al mediodía y á la tarde.

La gallina es estremadamente voraz y se calcula en 80 á 90 gramos la cantidad de ración que conviene distribuir á cada una cuotidianamente.

La alimentación debe ser apropiada á la estación, y de este particular me propongo hablar hoy, exponiendo lo que conviene en la época de invierno, en la que nos encontramos.

En ella reclama la gallina un régimen excitante, alimentos calientes y muy confortantes, que le permitan no solamente luchar contra el frío y la humedad, sino también reparar más rápidamente sus fuerzas en este tiempo de días cortos.

Porque una de las principales preocupaciones del avicultor debe ser el obtener huevos en invierno, época en la cual constituyen un verdadero primor y se venden al doble precio.

La primera de todas las condiciones para producir huevos en invierno, es tener pollitas de la última primavera, nacidas de Marzo á Mayo.

Las gallinas del año precedente han dado todos sus productos durante el verano, se encuentran agotadas al fin de la hermosa estación y tienen necesidad de reposo, con algunas excepciones.

Los cultivadores y los entusiastas de la cría de gallinas, que quieran tener huevos en invierno, deben hacer salir los pollos en Febrero y no

olvidar el viejo refrán siempre verdadero: «Polluelos en Pascuas, tortilla en Navidad».

Importa mucho si se quiere asegurar una postura seguida, precoz y regular durante los malos meses del año, ayudar á la naturaleza por un conjunto de cuidados, en primer lugar de los cuales figura el régimen alimenticio.

Con un hogar caliente, al abrigo de los vientos fríos y con suelo permeable y seco, producirá sus buenos efectos, en esta época del año, una alimentación variada y particularmente intensiva.

Puede darse á las gallinas, por ejemplo, pastas templadas de patatas cocidas magulladas y amasadas con salvado, en las que dominen la harina de carne, la carne, la sangre cocida y las ortigas machacadas, ó bien una sopa hecha con agua del lavado de los platos, cortezas y migas de pan que quedan sobre la mesa, las hierbas y las legumbres de cocina y añadiendo desechos de carne; también puede variarse la ración con orujo y salvado, etc.

Como granos, porque es un elemento indispensable á la producción del huevo, se les dará avena, alfalfa, trigo y de tiempo en tiempo cañamón, del que no se debe abusar.

El centeno y la avena hervidos y medio cocidos, serán también alimentos excitantes.

He aquí una buena fórmula de pasta para cien gallinas: Patatas cocidas, tres kilos; harina de carne, un kilo; salvado, un kilo; agua templada, litro y medio.

Se bate el todo á fin de obtener una mezcla muy espesa que contendrá cinco kilos de materias nutritivas, ó sea cincuenta gramos por gallina.

Se añadirá un poco de sal en polvo, y dos veces por semana una cebolla cruda picada.

Conviene también cambiar la otra composición de pastas, á fin de excitar el apetito de las aves y no extenuar su gusto sirviéndoles siempre la misma preparación.

Como bebida se dará el agua muy limpia, ligeramente adicionada de sulfato de hierro, á razón de tres gramos lo más por litro.

Algunos avicultores elogian mucho para el aumento de la postura de las gallinas el empleo del grano encalado, es decir, regado de una lechada de cal.

Hay quien rechaza la alimentación animal, alegando que es susceptible de comunicar el gusto á los productos.

Otros afirman que este régimen empleado de concierto con el régimen vegetal, produce resultados excelentes en las aves, á causa de su fuerte dosis de materias nitrogenadas que se asimilan más rápidamente que las de los vegetales.

La experiencia ha demostrado que su uso no trasmite ningún mal gusto á la carne y no dá huevos ni menos buenos ni menos delicados.

Añadiremos que la práctica del régimen intensivo no implica de ninguna manera el abandono de la verdura, cuya acción particularmente bienhechora consiste en estimular las funciones del hígado en las aves y en fortificar las digestivas.

Todo avicultor debe prolongar el uso de la verdura el tiempo que pueda, y deberá arreglarse para distribuir á sus aves, durante el curso del invierno, acedera, repollo, por ejemplo, que las gallinas devoran, completamente sus hojas verdes.

Ahora bien, los cultivadores y avicultores que quieran interesarse en tener en cuenta las indicaciones precedentes, pueden estar ciertos de poder, en pleno invierno, aprovisionar los mercados de huevos absolutamente frescos, que harán las delicias de los entusiastas y que alcanzarán precios ventajosos.

E. MONESTIER DE LENNES.

(De *L'Agriculture Moderne*.)



LA ACADEMIA DE DERECHO

INTERESANTE CONFERENCIA DE DON PABLO DE ALZOLA

El día 15 dió comienzo en el salón de fiestas del Instituto, el acto organizado por la Academia de Derecho y demás Ciencias Sociales de Bilbao, para que nuestro respetable convecino D. Pablo de Alzola, ex-director general de Obras públicas y Presidente de las ponencias de bases, clasificación y avaluos en la Junta de Aranceles y Valoraciones, diera á conocer un brevísimo extracto del muy importante estudio que ya ha sido puesto á la venta en las librerías y que constituye un tomo de 400 páginas, intitulado *La política económica mundial y nuestra reforma arancelaria*.

Ocupó la presidencia una representación de la Junta de la Academia, compuesta de los Sres. Caduy (D. Alberto), Eguileor y Barbier.

Entre las numerosas personas que llenaron casi por completo el salón, vimos al Diputado á Cortes D. Tomás de Zubiria, al Presidente de la Diputación D. Adolfo G. de Urquijo, Alcalde de Bilbao D. Gregorio de Balparda, á casi todos los individuos de las Juntas directivas de la Liga Vizcaína de Productores y del Centro Industrial, al Presidente de la Cámara de Comercio D. Luis de Salazar, al del Círculo Mercantil é Industrial D. Luis de Guezala, á varios vocales de las Juntas de estos centros y á muchas otras personas que se distinguen notable-

mente en el ejercicio de las profesiones liberales y en la vida industrial y mercantil de nuestra provincia.

El Sr. Otaduy pronunció algunas palabras manifestando lo grato que era para la Academia á que él pertenece, el proporcionar á una gran parte de la ilustrada opinión de nuestra villa, la satisfacción de oír nuevamente la autorizada voz de un distinguidísimo miembro de la Corporación, que en aquél mismo local, y en tiempo no muy lejano, había desarrollado el tema «La mendicidad y la vagancia», promoviendo, por decirlo así, con el admirable estudio que hizo de esta cuestión, la constitución del gran organismo benéfico que se llama «Asociación Vizcaína de Caridad», y que es una de las instituciones que más honran á Vizcaya.

Expuso de un modo sintético los méritos del Sr. Alzola como publicista y como incansable defensor de la industria nacional y declaró abierta la Conferencia.

El conferenciante, en un breve preámbulo, dió algunas explicaciones para poner de relieve lo castizo de la palabra *mundial* que forma parte del título de su última obra; agradeció el honor que le dispensaban la Academia de Derecho y el público que á escucharle había acudido, y dijo que al escribir en poco más de dos meses el trabajo del cual iba á dar muy lacónica anticipación, había seguido el consejo de aquel célebre crítico que opinaba que debíamos elevar nuestro espíritu para ver por encima de las cumbres de los Pirineos lo que ocurre en las grandes naciones adelantadas y progresivas. Elevando el espíritu—dijo—respiraremos las ráfagas de aire puro que tan necesario es para purificar la atmósfera que aquí nos envuelve.

Explicó luego la génesis y el objeto de su obra, trazando á grandes rasgos un cuadro de la crítica situación porque actualmente atraviesa España, por virtud de la discordia reinante entre sus hijos, de la subdivisión atómica de las parcialidades políticas, de la propaganda de las ideas demoledoras, extendida hasta el anarquismo y el separatismo, de la inestabilidad de los Gobiernos y de la infecundidad del Parlamento.

Pero enfrente de los tonos sombríos de ese cuadro, presentó, como luz de esperanza consoladora, el hecho de que, á pesar de todos los obstáculos interpuestos en su camino, las fuerzas vivas de nuestra nación laboran con empeño y aún con éxito en la obra de reconstitución y resurgimiento patrio, declarando que las personas amantes del bien público deben rechazar el pesimismo enervante, impropio de almas vi-

riles, consagrando sus energías y sus mayores esfuerzos á la pacificación de los espíritus y al desenvolvimiento de la riqueza, como base fundamental de la cultura, del poderío de la nación hispana y del bienestar de sus habitantes.

Al expresar el Sr. Alzola en este momento lo que significa el desarrollo de la riqueza con la cual pueden aumentarse considerablemente los centros de toda clase de enseñanzas útiles, y puede la educación imponer su espíritu de noble tolerancia, resonó en la sala una fuerte salva de aplausos.

Grandes muestras de aprobación obtuvo pocos momentos después, cuando al hacer mención de la real orden dictada en Septiembre de 1903, pidiendo á las Cámaras de Comercio informe acerca de los tratados que convenía celebrar, expuso la situación en que esos tratados hubieran podido encontrar á España; ¡completamente desarmada en frente de otras naciones tan poderosas por su astucia como por la fuerza de su bien cimentada y protegida producción!

Volvió á escuchar aplausos cuando, ocupándose incidentalmente de la proyectada emigración á la República Argentina de casi todo el vecindario del pueblo de Boada, (Salamanca) formuló digna protesta contra ciertas campañas periodísticas que tienden á sembrar desalientos entre las clases trabajadoras, quitándoles toda esperanza de bienestar en nuestro país y fomentando así la emigración, cuyo desarrollo acarrearía las más funestas consecuencias.

Presentó el Sr. Alzola, á grandes rasgos, el plan general de su libro.

Las escuelas económicas en el siglo XVIII; la acción realizada en favor de la libertad de comercio por los economistas ingleses; el efecto producido por ella en los que creyeron, dominados por el idealismo, que el libre cambio era un sistema aplicable á todos los demás países; los sofisismos de este sistema y el fracaso del mismo, fueron objeto de análisis por parte del orador.

Demostrando ese fracaso, recordó la situación de Alemania, que engreída por sus victorias y por la expansión económica que sucedió á su triunfo sobre las armas francesas, redujo en 1873 las tarifas aduaneras, suprimiéndolas por completo, seis años después, para los hierros y otros artículos, lo cual determinó el cierre de muchas fábricas, la ruina de los capitales, la huelga forzosa...

Y recordó á continuación el patriotismo del emperador Guillermo I,

que, conmovido por tantas desdichas, escribió al canciller Bismarck para que pusiera remedio á tan deplorable situación.

Y enalteció el Sr. Alzola la noble, la patriótica conducta del canciller alemán, que habiendo sido un defensor entusiasta de la libertad de comercio, no vaciló en inclinarse á las salvadoras ideas proteccionistas, declarando ante el Parlamento, cuando por este cambio se le atacó, que cumplía el deber de reconocer públicamente sus propios errores y de rectificarlos, si este reconocimiento y esta rectificación eran necesarios para salvar á su país.

Posteriormente—dijo--el canciller Bulow ha hecho la apología del desarrollo de la producción nacional, poniendo de relieve la necesidad de protegerla y de extenderla por los grandes mercados del mundo, al declarar que si Alemania no exportara mercancías tendría que exportar hombres, y dando á conocer bien claramente, en estas palabras, lo desastroso que puede ser para un país el no favorecer decididamente el trabajo nacional, pues al no favorecerlo se abren las puertas á la emigración y se decreta la ruina de capitalistas y obreros.

Imposible nos es condensar hasta donde lo exige el espacio de que disponemos en este número, el resto de la notabilísima conferencia del Sr. Alzola.

Prometemos suplir esta deficiencia nuestra, dedicando algunos trabajitos sucesivos á la obra cuya síntesis nos ha dado á conocer y en la cual hay que admirar un profundísimo conocimiento de las cuestiones económicas, un inmenso caudal de datos y de argumentos, un gran acierto en el método expositivo de todas las materias, un laudable patriotismo.

Nos limitaremos hoy á reflejar el final de su peroración, escuchada con constante interés por el auditorio.

El conferenciante, con sentidos y enérgicos párrafos, puso de manifiesto la censurable conducta de la Federación Agraria de Levante, que quiere asegurar una exportación bastante problemática, de productos de aquel suelo, sacrificando para ello á la industria siderúrgica de toda España.

Hizo ver que lo que nuestra agricultura necesita, antes que proveer á otros mercados, es llenar las necesidades del mercado interior; demostró que á la prosperidad de nuestras regiones industriales va unida necesariamente la de las regiones agrícolas, por el importantísimo aumento del consumo en las primeras; rechazó vigorosamente las ilógi-

cas, las injustas pretensiones de los agricultores levantinos, que quieren, coincidiendo con el proyecto librecambista de la Cámara de Comercio de Madrid, un Arancel *del embudo*: lo anchó para ellos, lo estrecho para la industria.

Señaló á continuación, como dato inspirador de fundados disgustos y de grandes temores para los industriales, el hecho de que acaben de ser nombrados vocales de la Junta de Aranceles y Valoraciones, el presidente de la Federación agraria de Levante y el de la Cámara de Comercio de Madrid, entidades ambas que representan una tendencia funestísima en las tareas que se están llevando á cabo para la reforma del Arancel.

Por último habló del estado actual de esta cuestión, manifestando que abriga esperanzas de que el Gobierno, y en particular su Presidente, no darán lugar á que se provoque la lucha, lucha que no deben en modo alguno entablar los que no tienen ni razón ni número para provocarla.

Felicitó al Gobierno por haber demostrado hasta ahora que tiene en cuenta las aspiraciones de la mayoría de las fuerzas vivas del país y dijo que el Sr. Moret, Jefe del Gabinete puede elevarse muchísimo como estadista, como patriota, declarando, si así lo exigen las circunstancias, como declaró Bismark, que es necesario y es altamente honroso reconocer antiguos errores y rectificarlos, si así lo exige la salvación del país.

Finalizó su discurso con una nota vigorosa: «Esperemos—dijo—que no se pretenda sacrificar los intereses de la industria, en la que se basa el engrandecimiento del país. Pero conste que si se nos atropella, sabremos defendernos con todas nuestras fuerzas».

El orador fué aplaudidísimo y calurosamente felicitado.



GURE AMA ON MAITATI GIPUZKOAK

*bere bular gozo indartsuarekin guriró azitako seme leial
gogoangarri anitz, nor ta non jaioak eta zer
gisatakoak izan diraden argitasun garbia,
Errien izenak abezekiró dirata.*

I

Albisturko Errian arkitzen da Eche puruberetar Atodoko jatorrien sustraikia, zeñareu jabe ta nagusiak izan diraden beti leialac, ondraduak, eta serbitzo andiak egin izan dituztenak beren Ama doatsu Gipuzkoarekin Errege bidezkoen onerako. On Fermin Atodo baleroso-ak gudako egikera balio andiko askotan serbitzatu izan zeban, bere bizia irriskatutik, Felipe bigarrena, eta onek naitasun ezin gueiagokoa berari artu izan ziolako biraldu zeban Embajadore Erromara, Españako Andizki guztien artean autaturik.

On Pedro Atodo jende armatuarekin Errege Fededunak serbitzatzen izandu zan Granada artu bear zan denpora estura larrikoan, zeña ezungarritu zan egikera gogoangarri artan.

Alegeriako Elizan Ama Birgiña Aranzazukoaren Aldare aurrean, dago lurpetua Erri bereko seme Juan de Iria, zeñak bere ondasunetako ifinizituen mundua mundu dan arte gogoango diraden onbideak. San Sebastianen izenarekin Elizacho bat jarri zeban eskale bideantenzako Arroztegi edo Hospital, gela bereziatua estudiante-entzat zebala, eta kapillania betikoa urtean eun ta berrogei ta amar dukateko errentarekin. Erriko umezurz ta donzailla beartuai urteoró emateko utzi

zituen laureun dukat. Urte guztiako Pazkuá-eten Erri bereko jende beartuaren artean partitzeko eun dukat; eta bertako Eskola-maisuaren tzako urtean eun ta berrogei ta amar dukat. Gizon ongille andi au illan milla sei eun ta amargarren urteko abenduko illaren seigarren egunean, eta bertan jaio ta bataiatua zan bezela, lurreratua izan zan Alegríako Elizan.

Eliza berean Ama Birgiña Errosarioko Aldarearen ondoan obiatua arkitzen da Erri bereko seme Irakasdun On Nikolas Begiriztaien Baldonsella-ko Arkediano Iruñeko Eliznagusian izan zana, zeñak ifini zeban kapellania bat urtean eun dukateko errentarekin.

IZTUETA



ZORTZIKOA⁽¹⁾

Euskaldun jayo nintzan,
Euskalduna azi,
Euskara utsik amak
Eustan irakatsi;
Euskara maite maite
Zabiltz neugaz beti
Euskara ill ezkero
Ez dot gura bizi.

Donostian Urriaren 29.an 1881.an

Felipe Arrese la Beifia.

(1) Este hermosísimo y entusiasta Zortziko fué expresamente escrito para esta Revista.



LOS QUE MUEREN

FELIPE ARRESE Y BEITIA

Con la muerte de Arrese y Beitia recibe el vascuence nuevo golpe, imposible de remediar.

Elizamburu y Etcheverri en el país vasco-francés, Otaegui y Arzác há poco en Guipúzcoa y Arrese en Ochandiano, van dejando en desconsuelo á la lengua de Aitor, y es mayor el dolor al pensar que no habrá quienes reemplacen el vacío que la parca maldita va produciendo para desgracia de la raza euskara.

Todos conocían en el país vasco al primer poeta euskaldun, Arrese y Beitia.

Hoy, pensando en él, parece que le oímos declamar aquellas robustas composiciones, producto de su númen, cuando en aquél entonces la Diputación de Guipúzcoa presidía las fiestas euskaras de feliz memoria.

Arrese y Beitia era frenéticamente aplaudido por *su público*, que, pendiente de los versos que surgían de los labios del insigne poeta vizcaíno, penetraba su palabra en el mismo corazón del pueblo.

No vamos á enumerar sus poesías, eso en el momento es imposible, pues son muchísimas, y como todos sabemos, tenía conquistado un gran nombre y distinguido lugar en el Parnaso vascongado.

Su composición titulada «Ama euskariari azken agurra», es sin duda lo mejor que ha escrito en la lengua de Larramendi.

Véase lo que dice de este hermoso canto el ilustre Arturo Campión: «Ternura exquisita, profunda melancolía, grandiosidad de imágenes, lamentos como los de Jeremías y apóstrofes como los de Shakespeare, son las joyas que atesora esta elegía. No puede desconocerse el valor literario de este canto: es uno de los más bellos que posee la lengua euskara, y figurará sin desventaja entre los cantos nacionales de otros pueblos.»

Arrese y Beitia, ante todo, ha sido poeta, después escultor y siempre artista.

Un día el escultor estaba trabajando en esta capital en el cementerio de San Bartolomé, que ya no existe.

Sin duda, en un rato de descanso, penetró en el depósito de necrópolis, y en uno de los testeros tuvo la ocurrencia de trazar al carbón, en tamaño natural, un Crucifijo, hábilmente dibujado, y con suma expresión de dolor, pues hay que advertir que Arrese era un dibujante muy discreto.

Pues bien; al pie de la imagen dejó escrita una composición profunda, inspiradísima, en vascuence: aquel recuerdo se conservó muchos años hasta que se deshizo el camposanto de referencia.

Durante la guerra carlista permaneció en San Sebastián y vivió continuamente trabajando en su profesión, construyendo, ya retablos, ya imágenes para las iglesias de las tres provincias hermanas.

Como recuerdo suyo, quedan en San Sebastián los bustos de hombres célebres que coronan el edificio del antiguo Instituto provincial.

Hace muchos años que nuestro inolvidable director, José Manterola, trazó una preciosa semblanza de Arrese, que figura en el *Cancionero Basco*.

Arrese ha muerto el día 16 de Enero.

¡Adios poeta, adios artista, que Dios haya acogido tu alma!

F. LÓPEZ-ALÉN.



Los vascongados como elemento de la sociabilidad sud-americana

A pesar de los grandes vacíos morales que presentó desde sus orígenes la sociabilidad hispano-americana, incrustóse á ella desde luego el elemento vascongado con la compacta homogeneidad de su raza y de su historia, para orientar sus destinos.

✓ Raza sóbria y de energías intactas, con el temperamento sentimental y tradicionalista de los Celtas, con el culto profundo de la familia, de la probidad y de la pureza de su sangre, actuó resueltamente en la conquista y más tarde en la labor de las edades posteriores, presidiendo en gran parte el desenvolvimiento de la constitución moral del Nuevo Mundo.

Muchas de las actuales, como así mismo las más respetables casas coloniales, nutrieron su espíritu con su viejo patrimonio de virtudes energicas y simples.

De ahí que en tesis general, del punto de vista étnico, las *gens* más púras sean en América de origen vascongado; de ahí que los hogares más sólidos salieran de su seno y quedaran enhiestos como piedra angular en medio de las inestabilidades de un mundo violento y quebrantado en su constitución íntima por una precoz mestización.

✓ Este rigorismo de la raza euskara fomentado por sus antiquísimas leyes forales, ejerció en el desarrollo social y político del continente

una influencia trascendental: contribuyó á salvar de la descomposición en la libre expansión de los instintos desenfrenados por la conquista primero y la anarquía criolla después, los gérmenes de cultura y los elementos virtuales que la civilización europea había depositado en América.

El sentimiento un tanto hurano, que induce al vascongado á resistir ó mirar con reservas toda civilización que le es extraña y toda unión con razas que no le son afines, por su inferioridad, forma parte esencial de la índole de su genio.

¿Quién no recuerda su épica resistencia, á la asimilación romana, goda, árabe, castellana misma, por razones naturalmente muy distintas de aquellas que le indujeron al retraimiento con nuestros indígenas y negros importados?

Cuando todo cedía á Roma, los Cántabros resistían y Horacio exclamaba:

Cantaber in bello
Terribilis ut leo.

Debido á esta fuerza de integridad de la raza, conserva cualquier hidalgue vascongado en las tribulaciones de su inmigración en Sud-América, su fondo señoril, es decir, la tenaz aspiración que induce al más modesto y desheredado á desplegar su esfuerzo hasta labrar la independencia de su posición social y económica de su persona.

Esta profunda y sólida probidad, fué quizás uno de los factores que más contribuyó á levantar el pedestal de la familia hispano-americana, núcleo siempre vivaz, inspirado por las virtudes más íntimas de aquella raza y que formó la fuerza reaccionaria y conservadora del patrimonio de las generaciones, salvando en los días aciagos, de una bancarrota definitiva, la moralidad pública y privada.

Pasado el primer ciclo de la conquista, en cuya ruda epopeya desplegaron los Cántabros esfuerzos tan prominentes, su temperamento dulce y pacífico en esencia, recobró por entero su temple, para desplegar su esfuerzo con igual pujanza, casi insuperable en América, en todos los ramos á que puede dedicar sus calidades más excelsas ó comunes el espíritu humano.

Todos aquellos fuertes sentimientos, aquel respeto casi fanático por el derecho ajeno, reunidos en un haz por el profundo individualismo

de la raza, fué un vigoroso factor que suscitó en las colectividades sud-americanas la conciencia cívica, difusa y fragmentaria si se quiere, pero que fué la que infundió á la emancipación su empuje, y más tarde el espíritu democrático á la organización política del Continente, en cuyos actos históricos tuvieron los hijos de los vascongadas una misión preponderante y transcendental, como guerreros, tribunos, legisladores y hombres de acción fecunda y vasta.

LÚCAS AYARRAGARAY.



DE "RE" BIBLIOGRAPHICA

UNA OBRITA DESCARRIADA DE LA BIBLIOTECA DE ALÁVA

Hace bastantes años que un ilustre cervantista, cuyo nombre no hace al caso, me prestó un librito sumamente raro y para mí de grandísima curiosidad, intitulado *Observaciones sobre algunos puntos de la obra de Don Quijote, por T. E.*, Londres 1807.

Advirtiendo yo que en su portada ostentaba un sello con las iniciales de *José María de Alava y Ortiz de Urbina*, me tomé la libertad de llamar la atención de su propietario acerca del particular, el cual me contestó: efectivamente, este ejemplar perteneció á nuestro amigo, pero como tenía dos, me hizo este regalo.

Aunque no del todo inverosímil, no dejó de extrañarme la explicación, dada la rareza de la obrita, pues su mismo autor confiesa que hizo una tirada cortísima, tan sólo para sus parientes y amigos.

Pasaron los años y cuando hace cuatro ó cinco llegó á Vitoria el importante legado de libros de Alava, acudí ávidamente á hojear los cervantinos; mas el ejemplar compañero del que yo había visto no pareció por ningún lado.

Ahora que Dios perdone mi mal juicio, si acaso es desacertado.

Digamos dos palabras acerca del librito y de su autor.

Aunque éste reconoce la justicia con que *el consentimiento general* aprecia el mérito del *Quijote*, échase con bastante desgracia á ponerle no pocos reparos, contestados por Clemencín, con bastante acierto,

aunque con sobrada acritud, máxime cuando fué el primero en declarar que bajo las iniciales T. E. se ocultaba el fecundo escritor D. Valentín Foronda.

Tratando más tarde Ticknor de Foronda y sus *Observaciones*, descubrió que éstas no se habían impreso en Londres, como reza la portada, sino en Filadelfia, donde el autor ejercía á la sazón, un cargo diplomático en la legación española.

Mucho tiempo después, tuve yo la suerte de averiguar que Foronda fué bautizado en la parroquia vitoriana de San Pedro Apóstol, de seguir su rastro en nuestro Ayuntamiento, en nuestro incomparable Hospicio, en su profesorado en Vergara, en su estancia en Madrid, donde casó, y en sus expediciones por Europa y América.

Hoy he de añadir á los nutridos datos que acerca de D. Valentín y de su familia tengo publicados, que por una obra suya que he visto recientemente, impresa en 1820, en Pamplona, donde á la sazón residía (1), estuvo preso en Coruña en 1815, acusado de *crímenes de Estado*, ó sea de defender la Constitución de 1812, siendo llevado á Madrid entre bayonetas, después de doscientos veintiseis días de prisión y sesenta de incomunicación.

Hallóse también por este tiempo en la misma ciudad gallega, compartiendo con su amigo Foronda las alegrías y sinsabores (según las vicisitudes políticas) otro ilustre vitoriano, sentenciado á presidio por idénticos motivos, el Sr. D. Pablo de Xérica.

Volviendo al poco acierto con que Foronda criticaba no pocos pasajes del *Quijote* y muy principalmente la segunda mitad del capítulo XX (Parte primera) no le hubiera causado tanto asco las voluminosas posaderas de Sancho lanzando al aire aquellos ruiditos y olores que tanto molestaron también los oídos y narices del pulquérrimo *Don Quijote* á haber reflexionado con el mismo juicio y discernimiento literario que su compañero en las tareas vergaresas nuestro incomparable fabulista Samaniego.

Este eminente crítico, que aunque no traspasó los umbrales del siglo XIX, era tan *enciclopedista* como Foronda y Xérica, á pesar de

(1) *Cartas sobre la Policía* 2.^a edición, por D. Valentín de Foronda, individuo de varias sociedades literarias de dentro y fuera del Reino, de la real orden de Carlos III y de la Maestranza de Ronda é Intendente honorario de Ejército; 23 páginas en 12.^o

abominar en la literatura cierta clase de *apretones* y los olorosos y ruidosos *alivios* después de la exhibición pancesca (que no me atrevo á calificarla de *grotesca* por la soledad y oscuridad en que se verificó) no dejaba de reconocer, amén de la diversidad de tiempos, *que hay talentos privilegiados, á cuyo mérito se le dispensan ciertas gracias, á que no deben aspirar los hombres que no sean de aquella clase superior.* (1)

Y basta por hoy acerca de Foronda y de su descarriado opúsculo.

JULIÁN APRAIZ.



(1) Folleto por mí descubierto y publicado en 1905.

NAVARRA

Jabalí cazado en la cocina de una casa

En el pueblo de Izurzu, del valle de Guesalaz (Navarra) hallábanse hace algunas noches, saboreando tranquilamente la cena en la cocina (que está á piso llano) la familia y peones del vecino D. Hilario Eguillor, cuando viéronse sorprendidos por la visita inesperada, de inopportun y molesto *huesped*, que, por sus dos enormes colmillos, demostró ser un buen ejemplar de jabalí macho; el cual, hostigado por un perro de la casa se precipitó hacia el fuego, cuya claridad le pareció sin duda procedía de algún hueco que daba salida al exterior.

Alarmados los comensales, levantáronse precipitadamente para ganar la puerta, al mismo tiempo que el furioso jabalí revolvíase airado, haciendo rodar por el suelo mesa, platos y bancos, y daba tremendos saltos buscando salida, por haberle cerrado ya la puerta de la cocina.

El joven Silvestre pudo alcanzar la escopeta desde el ventanillo de la puerta y aprovechando un momento de cansancio ó estupor del jabalí, que se sentó al vese sólo y preso, penetró en la cocina con verdadero peligro y asombrosa serenidad para coger munición de la chimenea, saliendo luego fuera de la puerta, desde cuyo ventanillo le disparó dos tiros que acabaron con el jabalí.

El animal, que ha sido repartido amigablemente entre los vecinos, pesó unas 180 libras navarras y su piel una arroba.



«CUENTOS DE ARAMAYONA»**LLORÓN, TAMBORILERO**

I

Hace años anunciaron los «Boletines oficiales» de nuestra tierra que se sacaban á oposición las plazas de tamborileros de Mendaro, Pasajes, Bermeo y Aramayona y que por acuerdo de sus respectivos Ayuntamientos los ejercicios se verificarían en Vergara ante un tribunal formado por los tamborileros más afamados de las tres provincias.

Concurrieron á tomar parte en la artística plaza muchos y muy buenos «dambolindaris,» «chirolaris,» «chilibitaris» ó «chistularis,» y á oírles multitud de gente de la comarca y de cuatro leguas á la redonda.

Casi todos los opositores eran conocidos en aquellos pueblos, pero se presentó uno, á quien no conocía, ni había visto nadie, y el cual desde el primer ejercicio se puso el primero de los de primera línea, y ocupábase de él la gente con creciente admiración, y no se hablaba en Vergara y en la provincia entera de otra cosa que de su persona y de su habilidad.

¿Quién era aquél tamborilero?

El Alcalde de la villa dijo que, según los documentos que había presentado, se llamaba Juan Aguirre, natural del caserío de Echevarría,

de estado soltero, de cuarenta años de edad y cuyo domicilio habitual era Madrid, con cuyos datos quedaron los curiosos tan á oscuras como antes, porque Aguirres hay muchos; y caseríos denominados Echevarría muchos más; y solteros muchísimos más y habitantes de Madrid ¡figúrense ustedes cuántos!

El personaje en cuestión era un tipo vulgar; pelón ó casi calvo que había sido rubio; corto de piernas; subido de hombros; tripudo; bien afeitado; morenote, con anteojos azules muy oscuros; boina hasta las cejas; ropa negra muy fina, callado y horaño y de paso menudo, así como mujeril.

Tocó de repente, por música, todo cuanto le presentaron: compuso dos zortzikos sin corregir ni un compás; desarrolló doscistas variaciones de un tema, «haciendo hablar» al «chistu»; y cuando entonó el aurreSCO y los bailes en la plaza sintieron tal sacudimiento nervioso los que estaban en ella, que eran bastantes cientos de personas, que no quedó una sola que no rompiera á bailar; mozos, chicos, «neskachas», hombres, casadas, «achúas», labradores, herreros, autoridades, estudiantes, guardias civiles, abogados, escribanos, boticarios, tamborileros, miqueletes, pobres, músicos, carreteros, pescadores, barberos y propietarios; todos echaron las piernas y los brazos por el aire, pitando con los dedos pulgares y corazones, bien remojados de saliva, y agitándose llenos de entusiasmo sin apartar la vista del misterioso tamborilero Aguirre, que al contemplar aquél frenesí y aquella alegría universal dejó escapar de sus ojos, por debajo de las gafas azules, dos lagrimones como avellanas de grandes.

Nadie le disputó el primer lugar en las oposiciones; y cuando le dieron á elegir entre Pasajes, Mendaro, Bermeo y Aramayona, se decidió por la modesta plaza de tamborilero de este último Ayuntamiento, con gran extrañeza y asombro de sus contrincantes y del público.

La fama de su habilidad y de su genio corrió por las tres provincias, y se le hicieron ventajosas proposiciones para que aceptara la celocación en los pueblos más ricos é importantes.

El Ayuntamiento de Bilbao le ofreció diez mil pesetas de sueldo; título de socio honorario en el «Sitio» y en la «Sociedad Bilbaina», con todo el gasto pagado á perpetuidad; cincuenta acciones del ferrocarril de Portugalete; las primeras angulas de la Isla que llegaran anualmente en la temporada; abono gratis por treinta años, en el teatro y en las corridas de Agosto; toda el agua que quisiera, en cuanto conduzcan

á la villa el caudal de Iturrigorri; libre de derechos todo el vino de Rioja que consumiera en su casa; media docena de paraguas cada año, y una butaca en el círculo tertulia, á piso llano, de la juventud bilbaina que llámanla «Antesala de Mallona.» Ni por esas.

Juan Aguirre enfundó su «chistu» y su tamboril en cuanto terminaron las oposiciones, y se trasladó á Aramayona, donde le recibieron con campaneo, cohete y limonada.

Púsose á vivir de pupilo en casa de una pobre viuda, vieja y fea, para que el diablo no se le colara por alguna rendija; y cuando el señor Alcalde le dijo que en qué plazos quería recibir su modesto sueldo, contestó que en ninguno; porque tenía más que de sobra para vivir y no lo necesitaba; y que, con lo que habían de darle, pagasen poco á poco, la carrera de algún huérfano aplicado, á cuya obra de caridad contribuiría él también, dando algo de su bolsillo.

No sólo el Alcalde, sino todos los concejales y vecinos y vecinas se quedaron bicos ante tal respuesta, y empezaron á sospechar en aquél valle de doña Urraca, que semejante hombre debía ser el mismo demonio en figura de tamborilero.

II

Muchas gentes iban á oírle en los días de fiesta desde Villarreal, Ochandiano, Escoriaza, Arechavaleta y Mondragón y hasta de Elorrio y Durango también; y excusado es decir que cuantos le oían bailaban, sin poderlo remediar, ó tenían que agarrarse á los quicios y á las aldabas de las puertas, ó á los pasamanos de los balcones, ó marcharse de la plaza para detener el cuerpo y no caer en tentación.

Notaba la gente que cuando más animado y alegre estaba el baile, dejaba Aguirre correr algunas lágrimas, no pudiendo como no podía enjugárselas al asomar, porque con una mano manejaba el palillo del tamboril y con la otra sostenía y dirigía el «chistu,» colocado entre los labios.

Porque lloraba así, de vez en cuando, le pusieron el apodo de «chistu negarra,» ó chiflo llorón.»

No estableció relaciones amistosas con ningún vecino de Aramayona, sino que vivió retirado en su casa dando lección de música á algunos muchachos, y pasó los meses cuidando su huerta, haciendo largas ca-

minatas por las carreteras y por los montes, socorriendo á los pobres ó tomando el sol, á solas y muy serio en la ancha acera de la angosta plaza de Ibarra, cuando en los días claros del invierno cubrían las nieves las cimas de Amboto, Echagüen, Albina y Tellemonte,

Al aproximarse la celebración de alguna romería le decía el Alcalde:

—Señor don Juan, mañana hay que ir con el Ayuntamiento á Andra María, ó á San Cristóbal ó á Mariaca ó á Santa Cruz ó á Gonzaga ó á Uncilla; conque, prepare usted el chistu y avise al damborrero:

Y Aguirre madrugaba, y seguido de un chico atabalero, á quien había amaestrado para que le acompañara en su oficio, iba á los portales del Concejo, y entonando la solemne marcha de San Ignacio, salía á la cabeza de la corporación, seguido del concurso de todos los desocupados del vecindario.

Luego, allá en la altura, debajo del castaño, terminada la misa, gran aurreSCO antes de comer, y gran baile por la tarde antes y después de merendar, y mucha, muchísima alegría y algún lagrimón de «chistu negarra.»

Un año durante el mes de Septiembre, al detenerme en aquel pintoresco y patriarcal valle, asistí á la fiesta de Andra María; y excitado por la fama que en la opinión tenía el famoso tamborilero, no me separé de su lado mientras tocó.

La ejecución, el arte, el sentimiento eran maravillosos en aquel hombre, cuyo misterioso y originalísimo tipo me causaron tanta impresión como su habilidad.

El debió reparar en la insistencia y curiosidad con que yo le veía y le contemplaba, y parece que á propósito multiplicó los prodigios de su chistu.

Sobre todo, cuando en el corro de cien parejas bullía el contento, reflejado en las sonrisas y en los ojos de las nescachas y en las alegres exclamaciones de los chicos que bailaban con ellas, cuando en aquel torbellino de gente que se movía en la pradera parecía reconcentrarse toda la dicha del valle y del mundo entero, al vibrar los interminables arpegios, al salir el aire, con toda la delicadeza y sentimiento las variadas melodías que Aguirre improvisaba entusiasmado, callábase súbito todo el público; bailarines y espectadores atraídos por el embeleso de la música oían atentos; y cuando la tarea artística terminaba, entre los secos golpes rítmicos del tamboril y los enlazados redobles del tambor, pro-

rrumpían todos en aclamaciones y bravos, y lanzaban las boinas por el aire, y aplaudían las chicas con frenesí como si hubieran oído las melodías del cielo vibrando en las cumbres de los cercanos montes.

• Aguirre entonces, al descansar, enjugábase el sudor que corría por su frente y se restregaba el rostro y acaso se secaba las lágrimas, retenidas detrás de aquellas impenetrables gafas azules, que no se quitaba nunca.

Le apreté con efusión la mano al terminar uno de los bailes, dándole de todo corazón la enhorabuena y él me dijo, aproximando su boca á mi oído:

—Le espero á V. en mi casa, Ricardo; tomaremos café juntos esta noche.

Semejante inesperado convite me mejó viendo visiones

¿Quién era aquel hombre?

¿De qué me conocía?

Yo recordé haber oído aquella voz en alguna parte, pero el tipo del hombre, la persona, confieso que no la había visto jamás.

III

A las nueve de la noche entré en casa de «chistu negarra», y le hallé en la galería de balcón de madera que dá á la huerta, repantingado en un viejo sillón de asiento de avellano, fumando un oloroso ve-guero.

Estaba en mangas de camisa, sin boina y sin gafas; y desde luego me pareció otro hombre que el de la romería.

Al verme se echó á reir, aproximó á su rostro el candelero de dos brazos, que había sobre la mesa en la que estaba preparado el servicio de café, y que alumbraba la estancia, y me dijo:

—¡Mírame bien!

Le contemplé un rato; dudé, me restregué los ojos; sentí impulsos de echar á correr, confundido y anonadado como me hallaba; extendí las manos hacia el tamborilero, que sin dejar de reir se levantó y me apretó contra su pecho con efusión incomparable.

—¡Juan Luis Aguirregorbeña! ¿Eres tú?—exclamé al creer conocerlo, pero creyendo imposible que lo fuera.

—¡Juan Luis Aguirregorbeña soy; ni más, ni menos, amigo Ricardo!

—Pero .. ¡tamborilero tú!—repuse, cada vez más asombrado.

—Tamborilero yo: ya lo has visto esta tarde:—contestó.

—Presumo,—añadí, sin dejar de mirarle como á un ser extraño é incomprendible,—que me voy á volver loco; porque te juro que no creo que seas tú, quien eres, aunque te tengo delante, y aunque te recuerdo cada vez mejor, tal cual eres. Mira, seas quién fueres, permíteme que me marche de tu casa; á nadie le contará lo que me ha ocurrido; me ausentaré mañana mismo de Aramayona, y... procuraré olvidar este estupendo encuentro, por el cual espero que voy á vivir esparcido muchos años. ¡Adios!.... ¡Adios!....

Y me hubiera ido á no impedirlo el tamborilero, que me volvió á abrazar, obligándome á sentarme y diciéndome con mucho sosiego:

—¡Calma, amigo; oyéme y te convencerás de que no tiene nada de particular el que yo sea tamborilero de Aramayona!

Declaro que para mí tenía muchísimo de particular.

Yo había conocido en Madrid de profesor de la Escuela de Ingenieros de Caminos á Juan Luis Aguirregorbeña; y aunque era hombre serio y poco tratable, intimé con él en una expedición que casualmente hicimos juntos á Zaragoza, desde cuya época le traté bastante.

Dirigió mi amigo, como Ingeniero de gran crédito, algunas obras muy difíciles de ferrocarriles; fué nombrado individuo de altos centros y juntas; tuvo á su cargo negociados importantes y trabajando mucho y con claro talento hizo un buen capital.

Como personaje íntegro, inmutable, severo y duro, disfrutó siempre fama de señor casi feudal y tirano; y era unánime la oposición de que nadie le había visto reirse jamás.

Entre los pocos que le tratábamos el hombre era muy distinto de lo que el mundo pensaba; porque sin dejar de ser correcto en todo, portábbase como un amigo franco, corriente y sencillo.

Yo le había dejado en Madrid de Ingeniero Jefe de primera clase, siempre tan esmeradamente ataviado y compuesto, con su amplia barba rubia; no muy metido en carnes; claro de color, y dispuesto á seguir en su carrera con la firmeza, crédito, lustre y buena fortuna con que la venía haciendo.

¿Es posible pues, que yo pudiera admitir, ni creer, aunque lo veía, que aquel hombre se hubiera convertido en tamborilero?

Con el disfraz de la boina encasquetada, con las gafas oscuras; afeitado; más grueso y más moreno, bien podía el Ingeniero poder pasar